

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

ENRIQUE NEIMAN

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro

Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa

Carlos López Labaste

Carlos George-Nascimento

Oreste Plath

Pepita Turina

Alfonso Calderón

Claudio Orrego Vicuña

Arturo Valdés Phillips

Tiraje: 1.000 ejemplares.

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.

— Arturo Prat 1428 —

Santiago de Chile, 1978

¿Quién soy?

La Agrupación Amigos del Libro, prohijadora de respetables escritores de Santiago, en inquietante reto, me pide explicar quién soy en la literatura nacional. Más aún, me solicita que, por razones técnicas, no vaya más allá de las veinte o veinticinco carillas.

Y aquí estoy con el problema. Pues, ¿para qué tantas carillas, si en dos o tres hojitas cabe muy holgadamente el historial de un varón de clase media, tanto en lo económico, como en lo cultural?

Desean una autobiografía. Escribir sobre uno mismo. Justamente, lo que menos me gusta hacer. Pretenden que realice una introspección. Que juegue a ser un nuevo Jehová, un mago que logra

sacar de la nada algo interesante. Si tan siquiera fuese yo un hombre famoso, un artista de cine . . .

Entiendo que se desea que hable con franqueza, sin escabullirme por el terreno de la fantasía. "Conócete a ti mismo", repetía el plagiador del Templo de Delfos y yo, a esta altura, todavía no estoy seguro de conocerme. Si ni los sabios han logrado desentrañar el misterio de "dónde venimos, qué somos y hacia dónde vamos", ¿qué me queda a mí?

Pero es buena la oportunidad para analizarme. Tal vez, no diga quién soy, pero sí lo que he sido, lo que he hecho para llegar a este punto. Sé que ha habido largos lapsos de monotonía. Aros entre cada acción literaria. Momentos en que he meditado en la tranquila pobreza de las vidas mediocres, aquellas que se ciñen a la moral, a la ley, a las costumbres y a la conveniencia. Y en contraposición, a ratos he concluido en que es lindo el existir del tipo que se entrega el todo por el todo a un ideal. Claro que acorta su vida. Pero supongo, llega con un bagaje repleto de novedades a su nueva morada. En cambio, uno, tranquilo burgués . . .

Pero dejemos estas reflexiones a la filosofía. En

este instante debo escarbar dentro de mí. No creo que pueda contarle todo. Hay cosas —como ya lo dijera en un libro—, que ni uno mismo se atreve a confesarse. Existen sucesos íntimos, por los que se pagaría cualquier cantidad de dinero para que se marginaran de la mente.

Mas, menos preámbulos dilatorios. Salgámonos de las ramas y admitamos que no llegaré a la socialización de ciertos pasajes exclusivos, muy personales. Así me duela, convengo en que el escritor debe cuidar su imagen. Tras haber aparecido tan profusamente en los medios de comunicación, comentarios a “Yo y los afines”, supongo que debo postergar mi modestia provinciana y rememorar causales que me han conducido a esta tribuna. Enciendo la luz en mi vida en penumbras, me aferro a un pensamiento yidish —suena hermoso en el original— que solía decir mi madre, “el mundo se compone de pequeños munditos que se llaman seres humanos” y vamos arando.

* * *

Doy el primer paso largo en esta especie de estreno en sociedad. Intentaré ser íntegro, para que

este paso no sea un retroceso. Creo que, para dar prestancia a mi figura, es beneficioso mostrar ante todo mi árbol genealógico enraizado en diversos puntos del globo. En mis apellidos están presentes Rusia, Alemania, Rumania, Polonia, continuando la línea en Chile y con el telón de fondo del israelismo. En lo más cercano, mi padre nacido en Kiev, Rusia, mi madre en Kishinev, Rumania, cuando la zona pertenecía a aquel país. Ellos y otros antepasados, conocedores de los tristemente famosos ukases, pogroms y ghettos. No obstante, mi padre guardaba orgulloso su libreta de enrolamiento, que lo calificaba en forma excelente tras haber cumplido dos años sirviendo en el ejército del zar.

Destacó la aristocracia de mis apellidos, recordando que en cierta reunión en mi pueblo, algunos concurrentes high life tiraban al tapete su afortunado linaje y yo, sin preconcebida intención, casi ingenuamente, tercié diciendo que mi abuelo, zapatero remendón, se había muerto de hambre.

Lo que no es mentira. Incluso, estoy dispuesto a sostenerlo ante cualquiera que se vanaglorie de su estirpe. Lo que es un decir, porque ya pasó de

moda adornarse con glorias ajenas, blasones y alcurnias.

Lo concreto es que nací en la esquina que forman Santa Rosa y Victoria, en Santiago, en pleno apogeo del Cielito Lindo, cuando Arturo Alessandri, León de Tarapacá, hablaba con el corazón en la mano.

Mis primeros recuerdos remontan muy arriba. Hasta un punto en que suele no creérseme, cuando sostengo que en mi cerebro aparece aún mi coche de guagua. O que veo, desde la lejanía, un subterráneo existente en la casa de la cual salí a los tres años de edad. Aporto más datos. Todavía veo, sin nubosidades, un enorme galpón frente a mi casa natal, lleno de tranvías —ahí se guardaban—, ni se me ha borrado la entonación de La Marsellesa, que en esos meses de efervescencia, los obreros cantaban a pulmón pleno.

A todo esto, podría pensarse que preparo el terreno para exponer una maravillosa memoria. Y no hay tal, pues la contradicción es colosal. Basta un detalle: nunca he logrado grabar en mi mente un poema, o una canción completa. Soy perito en el arte de olvidar citas, aforismos. Ni siquiera sirvo para amenizar una reunión amistosa, aportan-

do algún chiste. Cuando me cuentan uno, me río, pero apenas termino de reír, ya he olvidado el chiste. Sé que algunos enfermos del mismo mal, se defienden anotando estas ocurrencias en una libretita, para poder lucirse más adelante. Pero en mí no llega a tanto el deseo de agradar.

Confieso, pues, ser poseedor de una memoria calamitosa. Al extremo de cantar a mata martillo —y no estoy seguro de hacerlo correctamente— las estrofas agregadas últimamente a la parte cantáble de nuestra Canción Nacional. Y no se piense en fría premeditación, ni que el subconsciente se rebele ante una canción nacional que se alarga tanto. Nada de esto. Es simplemente mi memoria la reacia a programar versos. Es tan mala, pero tan mala mi computadora, que nunca me he aprendido algún poema corto, que por descuido yo haya creado.

* * *

Mi niñez fue relativamente normal, de acuerdo con los cánones de la pequeña burguesía. Una infancia situada en plena revolución tecnocientífica, con una aviación cada vez más arriba, con la

introducción de la radio, el cine sonoro, buses que se atrevían a traspasar las fronteras provinciales, tranvías que se vinculaban a la electricidad. Una época grandiosa. Concepción me contaba entre sus habitantes. El Concepción que comenzaba el despegue, atizado el despegue luego del terremoto, hasta colocar a la ciudad en el sitio brillante que hoy ocupa. Fui un niño que vio surgir la Universidad, la Lotería. Aprendí a conocer, trecho a trecho, cada vericuetto del Cerro Caracol, desde la Cascada al Mirador Alemán. Conocía al hilo Talcahuano, viajaba en el tranvía de sangre a San Vicente, Penco, Coronel y otros tantos lugares asombrosamente bellos de la provincia me pertenecieron.

El Liceo de Concepción me cobijó desde el primer peldaño hasta dejarme en el bachillerato. Lamentablemente, fui uno de los chicos, en edad y estatura, durante este prolongado lapso. Como dato ilustrativo digo que, casi al terminar las humanidades, resulté el último en ponerme pantalones largos.

Supongo que ahí puedo encontrar la base de mi resistencia a la vida social. No soy maestro en psicología, mas, estimo que allí deben alojarse los

síntomas iniciales para que la literatura me acogiera, para que brotara en mí el anhelo de demostrar que un chico puede igualar a un grande.

Refrendo la idea con mi problema deportivo. Detalles mínimos, pero decisivos para mi futuro. Se elegían los integrantes del equipo de básquetbol o fútbol. Los capitanes se peleaban por mis compañeros. Yo quedaba al último, rezagado como un paquete que estorba. "Te toca llevarte a Neiman". "Bueno, replicaba el desafortunado, con abulia, que se quede en mi equipo, pero si quieres, te lo regalo. Aunque quedemos con menos jugadores", remachaba, sin ánimo de ofenderme.

Algo me dolía mi situación desmedrada. Aún, reconociendo mis pésimas aptitudes deportivas, que me llevaban a ser, dentro de la cancha, un espectador más, un niño invisible. Sinceramente, en seis años de humanidades, encesté tres veces en básquetbol y, lauchando, metí un solo gol en fútbol.

Es grave cosa ser uno de los menores en un curso. Que lo tengan en cuenta los padres. Brotan complejos, sicosis. Yo le tenía horror al salto alto. Jamás logré traspasar la vara colocada a medio metro de altura. Tampoco saltar el caballete en

su mínima expresión. Solamente, al finalizar el Liceo, el profesor de gimnasia, que no dejaba de colocarme buena nota, “porque comprendo tu ubicación, porque eres obediente, haces bien los ejercicios”, se anduvo enojando un tanto: “Debes saltar el caballete en el examen. Es una vergüenza que seas el único en no hacerlo. De lo contrario, te rajo”.

Por lo tanto, obligado en el examen a saltar el famoso caballete. Y que conste que lo realicé limpiamente.

Pude, a pesar de todo, ser un niño feliz. Pero mis primeros años juveniles se troncharon bruscamente. Puedo asegurar que existe una laguna enorme, negra y terrífica, que se interpuso en mi normal camino. Por culpa de un maniático internacional, perdí varios años de juventud. Cuando pude ser un niño alegre, sano y pletórico de optimismo, el odio, un odio intenso, me saturó el cuerpo y el alma. Los acontecimientos en Europa, un nazismo que cometía atrocidades inconcebibles, una humanidad que no lograba parar el golpe alevé, todo configuró dentro de mí un esquema selvático. En mi humilde rincón de la tierra, lejos del holocausto, me convertí en un muchacho

atenazado por la amargura, en un ferviente, prácticamente en un fanático implorador a Dios, para que descargara su ira sobre esos teutones desequilibrados.

Anoto, sí, un respiro alentador en esos aciagos días. Cientos de nazis criollos se reunieron un fin de semana en Concepción. En cierta forma, querían emular a los pardos europeos. Y estuve en el lugar preciso, en la Plaza de Armas, en que un grupo de socialistas, no más de treinta, a puro cinturón y puño, se enfrentaron a los revólveres y laques de los nazis. Vi caer a muchos combatientes, pero me quedó la impresión de que los fascistas, con todo su poder de consignas, armamento y bravatas, no eran tan invencibles como pretendían mostrarse a través de su fanfarria.

Pero los sucesos en Europa, gravitaban fuertemente en mí. Eran muchos los muertos en juego. Se han sucedido los años, me gusta bromear, reír, sentirme libre, pero sé que me pena ese trecho de juventud escamoteado a mi existencia. Quizás, allí radique otro factor para que tienda al aislamiento, a rehuir incluso a grupos con los cuales concuerdo y me siento en mi elemento. Lo supongo. Ya he dicho que no soy experto en sicología.

En cuanto a mi calidad como alumno, digamos que me situaba en la nota cinco, de la escala del uno al siete. Algunas notas me las regalaban comprensivos maestros. En artes manuales, decir que era porro, es mucho alabarme. No logré jamás llevar a la cartulina un miserable jarrón. La greda y el pincel eran mis enemigos declarados. Silencio, para no baldonearme a lo masoquista, mis habilidades en trabajo en madera. En greda, en el transcurso de un año modelé un elefante. Lo más fácil, lo primario, al decir de los entendidos. Pero mi profesor, de muy buena fe, no logró adivinar qué animal pretendía yo representar. En ese entonces —ahora pienso lo contrario— estimé que el profesor era un ignorante. El bicho, mal que mal, tenía las cuatro patas de rigor y le colgaba una trompa, esto último, quizás desde muy cerca de una oreja, pero, fenómeno o no, la cosa en su conjunto parecía elefante.

Mas, lo repito, mis maestros reconocían mi nulidad innata y, apiadándose, me ponían un permanente cinco.

* * *

Un poco más de colegio. Muy poco, porque apenas comenzados, terminé mis estudios en la Uni-

versidad. Luego del tercer desvanecimiento mientras repasaba lecciones en la Quinta Normal, comprendí que debía abandonar la idea de llegar al Premio Nobel en Ciencias.

Di vuelta la hoja de la fugaz vida universitaria—apenas un año— insalvable por razones económicas y penetré en el Comercio.

Fui vendedor viajero a mi manera. Trabajaba sin apresuramientos, con poca holgura en pesos, algunos días alimentándome de jugosas sandías, en ocasiones de sabrosos sandwiches estructurados con pan, queso, aceite y sal. No era dieta muy contundente, pero sí bastante saludable. Pues, a veces, en Coigüe, cerca de Los Angeles, me esperaban las famosas tortillas de rescoldo, que se engullían con queso fresco y harto ají, y cerca de Temuco, en Púa, devoraba sabrosas empanadas de horno, de aves y caldúas, como Dios ordenó hacerlas en un mandamiento tácito y no al estilo ridículo con que hoy las fabrican. Lo cuento a título anecdótico. De ninguna manera para que se compadezcan teledramáticamente de mí. Porque en aquellos dos años, salvo la presión impactante de la Segunda Guerra Mundial, tuve la felicidad de recorrer, pueblo tras pueblo, incluidos ramales,

desde Valparaíso a Puerto Montt, en una experiencia que aproveché positivamente.

* * *

He escarbado en el posible origen de mi personalidad, esta que me ha conducido a publicar libros, a escribir en periódicos.

En paréntesis, a los diecisiete años, en la sección "Voz del Público" de "El Sur" de Concepción, vi mi primera nota periodística. Después me habitué a los artículos. Durante la Guerra, mientras recorría Chile como vendedor, en las noches escribía parrafadas que enviaba a distintos medios informativos. Estos, calculo en un noventa por ciento, se referían a la conflagración. De preferencia los remitía a "Defensa", ágil y vibrante periódico de las fuerzas democráticas chilenas editado en Santiago.

De pronto, al pasar por San Fernando, se pincharon las ruedas de mi vida viajera. A veces he pensado que fue Vilma, con quien pronto me casara y tuviera tres hijos, quien lanzó "miguelitos" en el camino, para que se detuviera mi andar gitano. Desde 1943, soy un aparente tranquilo col-

chagüino, un hombre satisfecho de haberme detenido en tal lugar. Sin ofender a alguien, digo que laboro sin correr tras buses y relojes, no respiro aire smoguiento, la politiquería es de tono menor, me rodea una buena porción de amistad y sinceridad, en fin, no envidio al metropolitano.

¿Significa esto que cubre mi cuerpo la camiseta del filósofo feliz?

Lamentablemente, no puedo ser enteramente feliz, porque no sé por dónde, pero en un segundo desconocido, en mi cuerpo penetró el virus de escribir. Y ser escritor, de buena o mala sintaxis, equivale a observar, a vibrar con las ocurrencias diarias, a sufrir con los padecimientos ajenos. Un escritor, aunque se le pinte encerrado, así dedique su pluma a la ciencia-ficción, permanentemente está extrayendo materia prima para sus obras, del mundo que lo rodea. Un escritor que desea serlo en conciencia —y tal es mi caso—, siendo feliz en ocasiones, palpa que en la tierra hay muchos problemas, demasiada tristeza merodeando. Entonces, nunca logra sentirse satisfecho en plenitud. Puede darse el caso de escritores egoístas, yoístas en extremo. O que no ven más allá de la nariz propia, porque la orden de un partido o una doctri-

na les embota el sentimiento. Pero forman excepciones a la regla del escritor.

Resido en un pueblo que, imaginariamente, he convertido en fortaleza espiritual. Desde allí me esfuerzo en abrirme camino hacia el conocimiento. Con mucho esfuerzo, pues no soy genio. Reviso normas gramaticales, leo, escribo, vuelvo a revisar las mismas pautas gramaticales que pensé ya no se borrarían del cerebro, pienso y leo y mientras más pienso y leo, suelo desesperarme, porque vislumbro que son para mí inalcanzables las metas del saber y la perfección que me agradaría asir.

No estoy en contacto físico con otros escritores. Algunos doctrinarios de la literatura expresan que es necesario el intercambio directo de ideas. Yo no lo creo tanto. Tengo bastante con mis problemas y con los problemas que la gente con quien alterno, sin recatarse me cuentan. No requiero de mayores angustias.

Pues, desgraciadamente, ahora y siempre, pareciera que los apremios son más numerosos que los ratos alegres. O se notan más, porque las penas producen huellas más profundas. En el caso del escritor, con la sensibilidad, susceptibilidad y urticaria especial que se trae, los problemas propios

y ajenos, aunque sean otros, se toman como cordilleras.

Pero el contacto existe, sin embargo. Los libros, embajadores regios, viven y hablan, conducen al diálogo entre invisibles, estrechan la mano con manifiesta naturalidad. Recibo muchos libros. Autores, ciertas editoriales, constantemente me hacen llegar obras. También, ¡qué se creen!, suelo comprarlos. Hacia mi sala-biblioteca, en donde el tiempo está detenido, confluyen cantidades apreciables de textos. Como puedo, los leo y generalmente, arriesgando mi pellejo ante el Director del diario —éste u otro, todos son cortados por la misma tijera— que es renuente a ocupar columnas con estas cosas que “sólo lee un reducido número de personas”, según creê lápiz en mano, deslizo comentarios rasantes con la crítica en apretadas líneas. De tal manera, sonrío al autor y recuerdo al público que todavía, a pesar del ambiente de “Fahrenheit 451”, existen los libros.

* * *

Salvo error o involuntaria omisión, en este instante soy el único escritor con libros editados, ha-

bitando en Colchagua. Esto constituye un privilegio, pues no paso tan inadvertido como un escritor santiaguino, por ejemplo, así mi nivel intelectual sea menor. Mi fama no derriba miles de kilómetros, pero me crea comprensión y estimación entre los moradores de mi zona.

Esto, tan agradable a primera vista, acarrea ciertas complicaciones. Porque los alumnos de cualquier escalafón, incluidos los universitarios y otras personas que no señalo, convencidos que un escritor es dueño del summum de la sabiduría, día a día buscan en mí la ayuda intelectual. Por mi parte, para no desprestigiar al gremio de escritores, ni desilusionar a los visitantes, vivo pendiente de hojear libros de mi, por suerte, bien nutrida biblioteca y estar al corriente en materias, en ocasiones, distantes de mis personales gustos literarios.

Mas, en el fondo, aunque protesto por las horas que birlan a las pocas que el día me deja para escribir, me complace la visita de las personas inquietas. No mucho, cuando me llevan poemas, cuentos y hasta novelas, para que dictamine en torno a sus cualidades. Ni cuando me piden escribir discursos —¿cuántos he escrito y sobre qué no

he escrito?—, para ser leídos por mí, a veces, por otros, las más de las veces.

Lo más duro reside en leer trabajos de jóvenes esperanzados. Sé que no tengo pedagogía profesional para colocarme en el nivel adecuado. No me gusta asestar golpes, que pueden ser injustos. Por eso, en la duda, sin abstenerme, invariablemente aliento a los principiantes.

Hago un paréntesis de reposo.

Hace poco, en la semana paraacadémica, el programa o el profesorado de la región, decidió que el alumnado investigara mi biografía. De este modo, durante una semana, tuve en mi hogar numerosa concurrencia de estudiantes de San Fernando y pueblos cercanos. Preguntas, declaraciones, grabaciones. Un atardecer conté más de cincuenta alumnos, muchachas y jóvenes, dentro de mi escritorio. Querían saberlo todo. No sé el resultado. En cuanto a mí, me sirvió para conocer facetas de la moderna juventud. ¡Qué bravos son, especialmente las mujeres, para preguntar! Un poco más y se meten en los rincones más privados. Pero me quedó el consuelo de hacerles creer que había nacido en 1940. Total, veinte años más o menos, nada significan.

Alargo el intermedio, con una anécdota para paliar el aburrimiento que pueda arrastrar mi presentación.

Uno de esos días llegan a mi boliche concert dos señoritas alumnas. Lindas, calculo 16 años, bien encachadas. “Necesitamos preguntarle algo, don Enrique”, me dicen. Y yo, según el ritual, contesto: “Perdónenme, pero aquí no las puedo atender. Lo mejor es que vayan a mi casa después de la hora del cierre. En mi escritorio, con absoluta tranquilidad, conversamos de lo que quieran”.

“¿Pero, cómo vamos a ir a su casa?”, se inquietan.

Yo, que soy entendido en la materia, las calmo: “No se preocupen. Todas las noches recibo visitas de niñas como ustedes”.

Y una de ellas, ruborizada, reclama: “¡Chis, Ud. cree que somos unas cualesquiera!”

“Bueno, les aclaro, si quieren datos para la tarea . . .”

“No, don Enrique, si la Directora quiere saber si puede vender con factura al colegio”.

* * *

Mi existencia se ha enmarcado en un pueblo tranquilo. Pero como yo soy inquieto, mi tranqui-

lidad ha sido espejismo. Podría contar montones de sucesos. Pero ya, en "Yo y los afines" apunté una porción considerable de acontecimientos. No corresponde repetirlos. Tampoco tengo autorización del autor y los anfitriones de este momento me ceden poco espacio.

He amado intensamente, he conocido a centenares de seres, a centenares, también, me duele haberlos conocido tanto, me resta un puñado de amigos, me pasan a ver, periódicamente, en escala hacia o del sur, escritores, pintores y, como soy un pésimo fisonomista, me armo tremenda complicación visceral ante los interlocutores que me conversan amistosamente y hasta me tutean, mientras yo voy atando cabos para lograr la identificación.

¡El problema de mi memoria! Ya me han insinuado, por ahí, muy en confianza, que no me sitúe tan alto, que no me hipervalore. Lo creen, al notar mi desgano en la conversación, porque arranco de la vida social. No saben estos amigos, a quienes pido excusas, el trabajo intensivo que realizo en momentos de sociabilidad, por establecer relaciones.

Pequeñeces, indudablemente, asuntos persona-

les. Pero que me puede dar ingredientes para un cuento. O una novela, si complico la trama y convierto a mi personaje en un tipo que aprovecha muy bien su amnesia temporaria.

* * *

He completado páginas sin tocar mis libros. Mi semblanza se refiere a pormenores de una vida tras la huella de un autor. Soy escritor que no sabe si envía o deja mensajes. Ni sé si escribo por instinto, por vanidad o para alcanzar la gloria. Esto último, relativo para mí. Conozco mis posibilidades. En cuanto a mensajes, la sola palabra me confunde. Con tantos que se desparraman en cada entrevista a los personajes y personajillos del día, prefiero ser más original y evitar el mensaje.

Asimismo, el canon tácito establece que el escritor debe mostrar la verdad. ¡Vaya pretensión, la de creer que la Verdad puede ser cogida! Para ello, hipotéticamente, el escritor no debe mirar a través de su propio y conveniente cristal. ¿Se puede? No contesto.

Tener agallas para denunciar, por intermedio de figuras ficticias, el fariseísmo ambiental, a los

teóricos de la posición avanzada, que no van más allá de ser teóricos. A quienes hablan de patriotismo e incitan a la guerra, pero que no marchan al frente, por su edad o por su posición.

Se trata de moralizar escribiendo. Por eso comulgo de lejos con excelentes plumas que se pierden, dejan un contenido vacío, al no predicar con el ejemplo.

Tampoco me abanderizo con la creencia que ve en el artista a un enemigo del orden. Ni estimo necesario que todo escritor sea revolucionario. Por lo menos, en el sentido político que todavía se le da. Innovar, ser vanguardia, sí, pero dentro del orden. Para crear, el orden es necesario. Un libro no se escribe en alas del terrorismo idiomático. Salvo el libro circunstancial, aquel que huele a panfleto político o a noticiario. Estilo, soltura, naturalidad, medida, elegancia, todo es profesionalismo del estudio. En la vida, en cualquier sentido, se crea positivamente cuando existe el método dentro del orden. O el orden dentro del método.

Son deducciones que me muestra la meta que aún veo lejana.

Me gustaría ser un buen escritor, en todas sus

dimensiones. Para cubrir anhelos propios y para ser ejemplo de generaciones futuras. Cerrar mi mente a prejuicios. Que los tengo. Me duele confesarlo, no es decoroso, pero me desagrada leer a Toynbee, a Ezra, por ejemplo, porque son racistas. O a Nietzsche, o escuchar a Wagner, por haber sido —qué culpa tienen los pobres— favoritos de jerarcas podridos. No niego su importancia. Pero cuando se ubican o son ubicados en tal cuadrante partidista, se me coarta el discernimiento. Si ni siquiera acepto que Hitler haya sido el más perfecto de los malvados, como lo clasifican ciertos grupos de análisis en la actual Alemania. A él y a sus seguidores, no les doy ninguna excelencia.

* * *

Dentro de las oportunidades que puede brindar la provincia, semillero de hombres sanos, en donde a veces se respira en mayor plenitud que en las grandes ciudades, en la mía he encontrado calor humano. Por años he convivido con mis hermanos de Logia, advirtiéndome cómo, sin estridencias propagandísticas, hay hombres tras el afán de superación. En los Talleres Masónicos he logrado

afianzar mis convicciones democráticas, sistema sofisticadamente pisoteado en ocasiones, por quienes, escudados en "ismos", a este y al otro lado de la Cortina, proclaman su amor por la Libertad. Me gusta el esfuerzo que en común hacemos por avanzar en el camino de la tolerancia y la fraternidad, sin discriminar por raza, religión o idea doctrinaria.

Me siento bien allí, como aprecio a los escritores que no se colocan en órbita fanática, que luchan por ser objetivos, agnósticos, que bucean en el eclecticismo para extraer un racionalismo positivo.

* * *

Y me acerco más a la creación de mis libros. He contado, sin percatarme que lleno páginas, el trasfondo de mi vida sin importancia. Hice del Grupo Los Afines un hogar literario, me mantengo en su interior rodeado de hermanos fantasmas que han desembarcado y en mi orfandad los recuerdo con cariño. No me desanima mi soledad. No me faltan distracciones. He sido jurado en cualquier cantidad de concursos, de poca o mucha monta. En todas las ramas del saber. Increíble,

hasta por una noche, integré el Jurado de un Festival de la Canción que abarcaba muchas provincias y duraba tres veladas. Alcancé a serlo por la primera ronda. Luego de escuchar los inquietantes sonos y letras, al seleccionar opiné: "Todos los cantantes y las canciones son malos, pero son parejos".

Después de entregar públicamente el fallo, discretamente se me notificó que no era necesario que volviera en la siguiente noche.

Ya puede apreciarse que los altibajos menudean en mis pasos. Tal vez deba reconocer que he vivido, sin tomar parte directa en los hechos, dos fechas trascendentales. Son mis satisfacciones humanas mayores. Una, la llegada del hombre a la luna. Fue uno de los sucesos que conmovió terriblemente mi fría epidermis sensorial.

El otro momento culminante, estelar como diría Zweig, lo viví en 1948, cuando de las cenizas, la sangre y el dolor de dos mil años, en su propia tierra resurgía el Estado de Israel.

Detalles, unos y otros, importantes algunos, sosos los otros, que me entregan vivencias para ensamblar palabras. Por lo que sigo advirtiendo que

en estos flash back realizo el milagro de sacar unas cuantas líneas de la nada.

* * *

Aunque todavía resta hablar de las influencias. Es de buen tono hacerlo. Entiendo que debo retrotraerme a los profesores liceanos. Ellos dan la partida. Con agrado menciono a estos maestros penquistas. Debería anotarlos a todos. Pero resalta la figura del filósofo Enrique Molina. A su vera la del poeta venezolano, Premio Nacional en su patria, Félix Armando Núñez. “Busca el perfeccionamiento. Escribes con ingenio. Puedes ser alguien, si te lo propones”, solía decirme don Félix, luego de revisar mis composiciones.

Recuerdo a don Carlos Oliver Schneider, un alemán típico, en sangre, genio y figura. Sus clases eran campechanas, juveniles. Como lo era su conversación ingeniosa. A veces lo visitaba en el Museo Regional que dirigía, por ahí en la ribera del Biobío. Una tarde, abandonando su clásica sonrisa, sin que yo dijera algo, se quejó: “No me explico cómo pueden hacer esto en Alemania. Es una atrocidad. Pero Uds. pueden vencer al mal.

Lo puede hacer todo hombre estudioso. Basta con que demuestren que el espíritu vale más que la fuerza bruta”.

Quizás, esa tarde no lo entendí. Ambos, don Félix y don Carlos ya están muertos. Lamento no haber sido mejor, para que mi aporte hubiese estado más cerca de sus afirmaciones.

* * *

Debo señalar nombres de escritores famosos como influyendo en mí. Podría mentir, nombrar a unos cuantos de los que ocupan unas páginas de enciclopedia. En realidad, en este sentido soy ciego. He leído de todo y no sé de dónde puedo haber captado influencias. Si existen. Mi conciencia atestigua que en mi niñez, durante dos años, una secretaria de la superalimentada Biblioteca de la Universidad de Concepción, al finalizar cada temporada me expresó que la estadística había resuelto que yo era el más asiduo lector. Esa Biblioteca era mi reducto favorito, lo ocupaba un par de horas diariamente. A veces me quedaba allí, cuando la sala se convertía en lugar de conferencias. Y como ya era Rector don Enrique Molina, los con-

ferenciantes que presentaban eran de óptima calidad.

¿Y qué leía? En casa, las revistas infantiles, a Salgari, y en la Biblioteca libros con telón de fondo histórico y sobremanera a Julio Verne. Creo haber leído toda su producción. Quien esté al tanto de la cantidad, puede apreciar mi pasión por la lectura.

Tras haberlo leído, debo suponer que el poder de fantasiar despierto agarró vuelo en mi cabeza.

Más adelante, mucho después, me entusiasmó Somerset Maugham. Sigo admirando, a despecho de las opiniones doctas, su estilo ameno y los temas mundanos que aborda. En mi escritorio, en lugar de honor, se ubica un grueso volumen, compilación de muchas de sus obras, que me enviara autografiado. Detalle que deslicé, por cierto, en la conferencia que sobre su vida y obra leyera en algunas ciudades.

“Cien años de soledad”, no así “La montaña mágica”, Uris, Barrios, Belmar, González Vera, Hernán Díaz, Fast, Freud en un tiempo, “La historia de San Michele”, Russell, Papini con Gog, a mi pesar cuando supe que era fascista, el enigmático Traven, Tolstoy, en fin, libros de filosofía

me he tragado, muchos autores y sus obras me han acompañado, tantos, que no sé clarificar cuál es el autor que con mayor fuerza me ha impactado. Perdón, pues, por esta ensalada de preferencias.

* * *

Me parece que ya he expuesto con creces, los posibles fundamentos de mi afiliación al mundo de las letras. Me parece bien agregar los viajes realizados a cercanos y lejanos lugares, todos dentro de Chile, con un equipaje de conferencias. Ya que no siempre es posible publicar, cumplo con mi tarea llevando en vivo y en directo mi labor. No yerro al decir que he presentado 18 temas. Ya diré por qué tanta certeza. He analizado el quehacer de Albert Schweitzer, de Gabriela Mistral, algo sobre Integración de América del Sur, la Libertad de Prensa, a los escritores de nuestra América, el pensamiento de Buber y, también, me he referido a tópicos comerciales.

Mi archivo de producciones no editadas, anota sólo el título. Por eso sé cuánto he escrito. Pasado un tiempo prudencial, cuando vislumbro que mi obra se ha convertido en papeles para ser api-

lados, hago actuar al fuego de mi inquisición particular. Una semana de crudo y frío invierno, como debe decir un escritor original, alimenté mi rica chimenea con 18 conferencias, 39 cuentos, una obra de teatro, 6 ensayos, 27 poemas y tres novelas. Entre éstas, una que obtuviera el segundo lugar en un concurso importante y que me legara un bonito cheque y un mejor diploma, que adorna una pared de mi guarida.

En otras noches, mi chimenea ha consumido montones de hojas de periódicos, en donde aparecían cientos y cientos de artículos, de esos que me condujeron al Premio Municipal en Periodismo y supongo que por eso y otras menudencias, también a ser declarado Hijo Ilustre de San Fernando.

* * *

Termino —ya es hora— con un currículum extensivo a cada libro publicado. Sólo un boceto por orden cronológico.

1.—“Nada puede separarnos”, novela. Guardo once comentarios. Todos los autores, ahora lo comprendo, fueron benévolos. Muy fraternos los de

casa. Daniel Belmar, en Concepción, no sé cómo, consiguió encontrar páginas promisoras. Lo mismo, no sé quién, en "El Mercurio". Sólo uno me dio duro. ¡Vaya lo que es la vida! En la revista "Eretz Israel" de Buenos Aires, un paisano, por poco me dijo que era preferible que me fuera a plantar naranjos en un kibbutz. A pesar de todo, le tengo harto cariño a este primer esfuerzo literario.

2.—"Un día despertaron", cuentos. En mi poder han quedado 16 críticas, una en Venezuela. Olga Arratia comenzó dándome el espaldarazo desde la revista "En Viaje". Benjamín Suberca-seaux se encargó de rajarme desde "La Nación". Un libro en que recopilé una serie de cuentos premiados en concursos zonales.

3.—"Un modesto río Tinguiririca". Este también modesto librito, 26 páginas, cuenta la historia y geografía del río de mi provincia. Obtuve cinco críticas, entre ellas, unas sencillas líneas de Alone, lo que me reconfortó el espíritu.

4.—"Aquel San Fernando". Una suerte de anecdotario sanfernandino. Una primera edición que se agota a los cinco días y, meses después, una segunda edición, con mayor número de páginas y

distinta portada, que conoce también el rápido venderse. En el renglón críticas, he reunido sólo dos locales y una de Olga Arratia, siempre atenta a brindar un leal apoyo. Es un libro que circuló solamente en Colchagua.

5.—“El humo sigue al hombre”, novela, que me satisface y me entrega, según mis cálculos, siete críticas, cuatro de ellas extraprovinciales. Se preocupan del libro en “El Mercurio”, “La Mañana” de Talca, y en Concepción. Más adelante, ya agotada la edición, obtengo cartas de felicitación, varias de personas que no conozco. No pocas veces me han sugerido que lance la segunda edición. Es un aliento significativo para mí.

6.—En un paréntesis semipolítico, corre el año 1972, para que no se vea oportunismo estampo la fecha, aparece el ensayo “Libertad, Igualdad, Marxismo”. Es un pequeño libro, sin pretensiones vanidosas, que logra circular perfectamente entre dos comentarios sin mayor jerarquía.

7.—“Un árbol para dos ramas”, cuentos que nacen traspasando la censura oficial, censura benigna, pero censura al fin y al cabo. Una serie de narraciones, algunas ambientadas políticamente, buscando el realismo. Logra siete críticas. Mencio-

no preferentemente la de Andrés Sabella, gran amigo, listo siempre como un scout, para servir a los escritores provincianos.

8.—“Veleros sin ancla”, novela. Surgen, según la cuenta de Referencias Críticas de la Biblioteca Nacional y al saber de mis cálculos, 15 críticas, amén de comentarios en buena proporción. A lo ne, maestro de la síntesis, da comienzo a la racha, brindándome íntegro su rincón dominical de “El Mercurio”. Por supuesto, su veredicto me llena de tranquilo orgullo.

Vienen en oleadas críticas favorables en Concepción. Antofagasta, en Valparaíso y una en San Fernando, de un amigo que quiere ayudarme. Supongo, ya que soy parte interesada, no debería verter opinión alguna. Pero “Veleros sin ancla”, por el esmero con que lo trabajé, merece mi aprobación.

9.—“Mi tierra huasa”. En agradecimiento a la tierra que me cobija, me lanzo en la tarea de sacudir el polvo del olvido que cubre a tantos autores que se vinculan directamente a Colchagua. Los estudiantes, particularmente, obtienen un beneficio que me place. Y que me quita el trabajo de

entregar periódicamente datos a quienes me consideran una fuente de sabiduría.

La crítica también, en apreciable cantidad, favorece esta edición. La Superintendencia de Educación lo considera texto auxiliar de estudio. Es, pues, doble satisfacción la que obtengo.

10.—“Yo y los afines”. Como es libro reciente, aún guardo los recortes de diarios y revistas que he recibido o conseguido. Por lo menos, contabilizo alrededor de cuarenta comentarios halagadores. De todos los puntos del país, unos pocos del exterior, he captado las felicitaciones y señales afales. Ha sido una avalancha de cartas, tarjetas y telegramas, de gente conocida y desconocida, de grupos culturales, que desearon demostrarme simpatías, luego que la Revista del Domingo de “El Mercurio”, sin que mediara cuña alguna —lo digo hidalgamente, ni me consta ni he oído que acepten cuñas— me entregara la mejor y más apetecida publicidad. En esto, mi reconocimiento a Enrique Lafourcade y a Luis Ganderats, a quienes ni conozco personalmente.

Ha sido la jugada del factor imponderable. Porque “Yo y los afines” lo escribí al desgaire, casi por jugar, sin fijarme mucho en los puntos y co-

mas. No miento al decir que lo revisé una sola vez. Y ya se ve el resultado. Un éxito indudable, que incluso tentó a la Agrupación Amigos del Libro a invitarme a Santiago, para que les entregara la historia de mi carrera literaria en movimiento.

Dos temas me quedan, en lo inmediato, por realizar. Una obra, ensayo o novela, ambientada en Israel. Nada original, con todo lo que se ha escrito en este renglón. Pero es un compromiso para conmigo. La otra meta, un libro para todas las edades. Lo tengo delineado. Un volumen compuesto de cuentos. Un cuento para cada edad o período de la vida. Uno para niños, otro para la edad del amor, para adultos que gustan de lo policial, para matrimonios, uno pornográfico, el político, un tema de fantaciencia, otro con sentido histórico, en suma, varios temas que converjan al cuento para viejecitos. Calculo una obra con catorce cuentos, en la cual cualquier lector, al menos se sienta a gusto con un capítulo.

He aquí un resumen de la labor realizada en cientos de horas robadas al sueño y a humanas entretenimientos. Treinta años en que, sin abandonar el trabajo que da el pan nuestro de cada día, he soñado con otro mundo. No me satisface haber

hablado sobre mí mismo. Espero, con constancia, lograr que alguna vez otra persona se encargue de mi biografía. Aunque no estoy arrepentido del presente trabajo. En cierto modo, agradezco al grupo santiaguino que me dio la oportunidad de mostrar mis hilachas. Quien sabe si los anfitriones puedan estar arrepentidos. Ya lo notaré mañana, cuando clarifique mis observaciones. Mientras tanto, en este 23 de noviembre de 1978, dejemos de mirar hacia atrás y coloquemos el punto final.

EN LA SERIE

¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS
CHILENAS?

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa

Miguel Arteche

Gabriela Lezaeta

Manuel Francisco Mesa Seco

Cecilia Casanova

Fernando González-Urizar

Julio Flores

Antonio Cárdenas Tabies

Jaime Quezada

Emma Jauch

Carlos Ruiz-Tagle

Alicia Morel

María Silva Ossa

Isabel Velasco

Juan Antonio Massone

Pepita Turina

María Urzúa

Hugo Montes

Nicolás Mihovilovic

Ester Matte Alessandri

Enrique Neiman